MISS CAVELL

Dama de la Cruz Roja

::::::::::::

EPISODIO TRÁGICO, EN VERSO

EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS

POR

J. J. López Marco

MADRID
IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES
Calle de la Bola, núm. 5.

1920

MISS CAVELL

Dama de la Cruz Roja

::::::::::::

EPISODIO TRÁGICO, EN VERSO

EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS

POR

J. J. López Marco

MADRID
IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES
Calle de la Bola, núm. 8.

1920

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

A S. M. LA REINA

Doña Victoria Eugenia de Battenberg

Presidenta de la Asamblea Suprema de Damas
de la Cruz Roja

Dedica este humilde trabajo el autor

A. L. R. P. DE V. M.
J. J. López Marco

716713

PERSONAJES

BLANCA PAZ..... (Dama de la Cruz Roja, Miss Cavell)
TARSIS..... Hermana y rival de Miss Cavell en el Ducado de Villamara
RODOLFO..... Conde de Villamara.
FERNANDITO.... Hijo de Miss Cavell, condesito de Villamara (11 años).
FERNANDO..... Defensor de Miss Cavell en el Ducado, hermano de ésta.
ANTOÑON..... Antiguo servidor de Miss Cavell (50 años).
GUARDABOSQUE del Conde (40 años).
LUCILA..... Ama de gobierno (30 años).
JUAN..... Criado joven a las órdenes de Fernandito (el condesito).
RENE..... Adjunto al mando de las tropas de Rodolfo.
RODRIGO..... Jefe en mando de las tropas de Fernando.
RAOUL..... Sagaz aventurero enemigo mortal de Miss Cavell.

Médico y tres enfermeras de la Cruz Roja.
Un capitán de tropa a las órdenes de Raoul.
Contingente de tropas armadas.

ACTO PRIMERO

La escena representa un paisaje de campo; terreno accidentado, abundante vegetación. Divídela un camino yendo de izquierda a derecha (del actor) partiendo del centro un sendero que se internará en el bosque. Al fondo montañas, arbustos, brezos. A izquierda, en lontananza, silueta de castillo señorial. Es a la caída de una tarde primaveral.

Al alzarse el telón Miss Cavell (1) de Dama de la Cruz Roja, ligeramente recostada en vistoso macizo de campestres flores, duerme, que allí la sorprendió el sueño en aquella noche de fuego y sangre. Un collar de perlas del cuello al pecho, caerá en bello desorden. A espaldas de la Dama se deja ver Raoul que adelanta sigilosamente hasta llegar junto a Miss Cavell, y al verla profundamente dormida corta el hilo alejándose con el collar de perlas, sin ser visto. Momentos después Miss Cavell despierta: sentada parece soñar: se levanta, adelantando unos pasos, y mirando al azul Cielo dice:

ESCENA PRIMERA

MISS CAVELL Plácido se presenta el nuevo día
según veo; rie el cielo
con encanto de alborada,
después de lucha sangrienta:
Feliz hora en que despierta
al soplo de brisa blanda,
proseguir puedo, odisea
tan tristemente empezada.
(Pausa: mira el reloj pulsera).
Las cinco son ya, ¿tan tarde?
sin sentirlo aquí dormida
me quedé... triste es mi vida...
pero no puedo quejarme;
de enfermera me glorío,
fué mi gusto, así lo quise;
aunque esa guerra me aflige
como esposa, como madre.

---

(1) El nombre de Miss Cavell va unido a hechos de inmortal gloria. La historia contemporánea, ha de dar fé. En esta obra, el argumento de fuerza está basado en hechos de la ilustre heroína de la guerra, cuyo fin trágico es sabido. Los demás nombres y situaciones, son propiedad del autor.

(recordando con lástima)
De tantos seres queridos
que perdí... ¡cómo olvidarme!...
¡Cómo alejar de mi mente
su recuerdo ni un momento
(Recogiéndose interiormente: alzando los ojos)
Para ellos, Señor, favor
os pido; para mí, alientos
con que sufrir.... (pausa)
(Pesarosa-abatida)
...horas tristes...
fatales días estos
en que la vida y la muerte
se disputan en mi pecho
el más noble sentimiento.
Sufro, sí, y mi sufrimiento
se acrecienta en el recuerdo;
prevalece el fuerte armado
contra el débil indefenso. (ligera pausa)
(Deteniéndose y mirando a todas partes)
Más... yo... ¿Dónde estoy?... no acierto
cómo aquí pude llegar.
(Mirando lejos a izquierda)
La ambulancia; el campamento;
(Suspensa en un ay)
Qué digo... si es el castillo...
(Emoción intensa)
Mi castillo señorial...
(Volviendo las miradas) (como herida)
Aparta, triste recuerdo.
¿Sueño acaso? no en verdad,
que siento en mi los efectos
de tan triste realidad.
(Mirando con los ojos arrasados)
Castillo de Villamara,
envidiable rosaleda;
tu recuerdo en mí perdura
más tu presencia, me llena
de amargura, al recordar
un pasado de ventura
que no volverá jamás. (Pausa)
(Tornando a mirar triste)
Invocando astutamente
los derechos al Ducado,
luchan juzgando ya muerta,
a quien sólo se alejó
por no ver, para olvidar.
cómo si olvidar pudiera

RBC/NcU

lo que aquí en el corazón
clavado llevo; él, ella.
(Cómo en un sollozo)
Y mi Fernando... lo ignora...
pobre hijo; si me viera;
pero no; no lo sabrá;
que no sufra... que no sufra.
Viva él, aunque yo muera. (Pausa)
(Mirando en torno suyo)
Cómo es posible... bien veo,
llegué aquí descaminada;
el sueño, la obscuridad
me impidieron... ya recuerdo,
y aquí la noche he pasado.
sóla, sóla... me estremezco.
(Volviendo la vista a todas partes)
Muy lejos debo de estar
de los campos de batalla,
pues no oigo el atronar
del cañón, ni de metralla.
Veo espectro aterrador.
No hieren ya mis oídos
de las balas los silbidos,
en los campos, no hay heridos;
(Cambiando)
¿Es sueño o realidad...?
(Después de breve pausa, y mirando a derecha)
Realidad, más no comprendo...
¿quién será este que se acerca?
Parece que viene huyendo.

ESCENA SEGUNDA

Raoul: acércase a Miss Cavell, en actitud suplicante, solicita su protección, pero es artificio de que él se vale para realizar sus planes.

RAOUL. Señora en mi desventura
favor os pido.
M. C. ...¿Qué es ello?
RAO. Por causas tristes, ajenas
a mi voluntad, me veo
separado de los míos.
(Conmovida)
M. C. Entiendo; sois prisionero.
RAO. Prisionero, no; forzado;

más para el caso es lo mismo;
De vos depende mi suerte,
señora, de vos la vida.
de un hogar, de una familia
amenazados de muerte.

MISS. CAVELL. (Con emoción)
¡Lástima! ¿Que puede hacer,
por vos humilde enfermera?

RAO. Lo podeis todo, señora.

M. C. Si está en mi mano, pedidme;

RAO. Que vuestra firma autorice.
mi paso hasta la frontera.

M. C. (Extrañándose)
Me pedís, jamás creyera,
un imposible.

RAO. (Balbuciente)
...Señora...

M. C. (Rechazando la idea)
¿Ignoráis que una enfermera
ante todo ha de ser fiel,
a su Ley, a su bandera?

RAO. (Suplicando)
Para vos, todo es posible;
conocido y respetado
es vuestro nombre do quiera.
(Mostrando un escrito)
ved el pase.

A lo lejos, y a intervalos se deja ver entre confusa sombra a Fernandito que observa sin ser visto de Raoul, ni de Miss Cavell.

M. C. (Rehusando)
...Si pudiera...

RAO. (Suplicando)
Miss Cavell, a muchos sé
hicisteis ese favor...

M. C. Como enfermera, no.

RAO. (Con mayor insistencia)
De nuevo insisto, señora.

M. C. (Ademán de irse)
No insistais; marchad os ruego,

RAO. (Insistiendo con gran empeño)
Firmadme el pase;

M. C. (Volviendo la espalda)
...No puedo.

Hay pausa; las miradas de Raoul, son llamaradas de furor y a la actitud humilde y palabras suplicantes siguen el insulto y la amenaza; apostrofando a miss Cavell en estos términos:

RAO. Una y mil veces reniego
de tí, mujer sin entrañas;

verás, verás en mis mañas,
conseguir lo que pretendo.
Hoy, la desgracia me humilla
y a tus pies mi suerte pongo
más, lo juro por mi vida,
de la tuya no respondo.
(Vase por la derecha)

ESCENA TERCERA

(Viendo a Raoul alejarse)
M. C. Me amenaza con la muerte,
Más no temo; si supiera
(Volviéndose)
que siguiendo aquel sendero,
encontraba el campamento...
por ahí, sé lo que me espera;
(Mira el reloj)
Es tarde; ya el sol se aleja.
¿Me sorprenderá de nuevo.
la noche aquí sola? Tiemblo.
(Pausa: indecisa, suspensa)

ESCENA CUARTA

Llega Fernandito, quedando unos pasos distante de Miss Cavell hasta que ésta, volviéndose nota la presencia del niño correspondiendo al saludo de éste. Fernandito, es hijo de Rodolfo Villamara y Miss Cavell; cuenta unos once años, viste de corto con mucha elegancia, lleva en el pecho oculto, collar de perlas y reloj de oro que ostenta; saluda a Miss Cavell con mucha distinción. Este personaje exige mucho acierto y en defecto de niño apropósito deberá desempeñar su papel una actriz jóven.

(Saludando)
NIÑO. Muy buenas tardes señora.
M. C. (Gratamente sorprendida)
Hola, niño; qué sorpresa.
N. Dispense usted si atrevido
la molesto.
M. C. ...No hay molestia.
N. Sólo vengo a saludarla.
M. C. Vivirás por aquí cerca.
N. Si, señora; en el castillo;
si en algo puedo servirla
mande con toda franqueza.

(Llena de emoción)

M. C. Angel mío, lo agradezco,
voy de paso; ¿y tu mamá?

N. ¿Quiere decir mamá Tarsis?
En casa está, tal vez venga
buscándome, no me deja.
Cuando mi mamá vivía,
ella, mi papá y yo,
veníamos paseando,
por aquí todos los días;
pero ahora siempre en casa,
aburrido sin poder
salir, me da una rabia.
(Trata de remedar)
Fernandito que no salgas
por los patios, que hace sol,
no grites, no bebas agua,
no te rias, qué se yo...
(Cambiando)
Deseando estoy de ser
mayor, para que me dejen,
ir, correr, saltar, brincar;
como cuando mi mamá,
me traía y se escondía,
para que yo la buscara
por aquí; sí, bien me acuerdo
¿por qué me la habrá quitado,
(En tono de queja)
Dios, que dicen es tan bueno?

M. C. ¿Pero no tienes mamá?

N. (Cabizbajo, triste)
Murió, dicen, no lo sé,
siendo yo de poca edad.

M. C. ¿No llegaste a conocerla?

N. (Con sentimiento)
La conocí; y si la viera... (pausa)

M. C. ¿Aún la conocerías?

N. (Con viveza)
Sí, entre mil diría, es ésta (pausa)
De muchas cosas de ella
ya no recuerdo; pero ésta,
nunca se me olvidará.
Llevaba un collar de perlas
con iniciales B. y P.
se llamaba Blanca Paz.
Una tarde, bien me acuerdo,

después de mucho llorar
me dijo: guarda en tu pecho
la mitad de este collar.
Yo, la otra mitad conservo.
Por él, me conocerás.
Desde aquel día tan triste
para mí, no la ví más.
(Calla ocultando una lágrima)

M. C. (Ocultando su emoción)
Sí, yo sé de una enfermera
que está en la guerra y espera
que termine para unirse,
con su hijo...

N. (De pronto) ...Será ella.
(Con interés, suplicando)
Lléveme allá, que aunque niño
en mí siento en este instante
del soldado el heroísmo
con el valor de un gigante.

M. C. Confía en mí; yo he de verla.
Dame un abrazo para ella
que le daré de tu parte. (Se abrazan)
¿Y el collar?

N. Aquí lo guardo
Descubriendo el pecho y mostrándolo)
Mire qué precioso es. Este
lo llevaré mientras viva.

M. C. (Sin poder hablar de emoción)
Déjame que yo lo bese
y a tí te abrace y bendiga.
(Se abrazan de nuevo, y ella ocultando una lágrima pregunta, mirando a derecha)

M. C. ¿A donde me llevaría
este camino?

N. Al castillo,
más allá está la ciudad;
el sendero va a una quinta
que papá tiene aquí cerca.
(Mirando a izquierda)
Este que llega aquí, es Juan.

ESCENA QUINTA

Dichos y Juan; éste, es criado a las órdenes de Fernandito; representa treinta años, viste con decencia; su lenguaje y modales, se resienten de hombre de campo. Saluda llevando la mano al sombrero.

JUAN A la paz de Dios, señora.
M. C. Con usted sea; perdone
la confianza con el niño;
me pareció tan discreto.
J. Es de casa el señorito;
sino que su mamá al verlo,
llegar a vos atrevido
ha creído y con razón,
porque sabe usted los chicos
siempre son impertinentes;
(Balbuciente)
tienen, no sé si me explico.
N. (Ofendido)
Habla bien, Juan, pues ya sabes
que debemos respetar.
J. Sin faltarles al cariño
ni al respeto; es por hablar.
N. (Clavando la mirada a Miss Cavell)
Deberá estar muy cansada
la señora; ¿no es verdad?
Tiene amarilla la cara,
se parece a mi mamá.
M. C. (Sin poder ocultar su emoción)
Atención tuya, querido.
J. Venga, señora, al castillo
porque la noche se acerca.
M. C. Y no sería mi presencia
¿Importuna?
N. ...No hay motivo;
papá no está, mamá Tarsis
tendrá gusto en conocerla.
J. ¿Vamos?
M. C. ...Vamos.
N. Mirando a la izquierda)
...Tarsis llega.

ESCENA SEXTA

Movimiento de espectación. Todos miran llegar a Tarsis. La acompaña el guardabosque. Este y Juan quedan a respetuosa distancia. Tarsis, es joven. Viste lujosamente. En las líneas de su rostro, se descubre cierto parecido con Miss Cavell.

MISS CAVELL (Saliendo al encuentro de Tarsis)
Señora, humilde enfermera
os ofrece sus respetos.

N. (Presentándola)
Mamá Tarsis.

M. C. ...Tanto gusto.

TARSIS Sed bien venida; os ruego
que no paseis adelante,
sin deteneros; es tarde;
en el castillo hallaréis
digno y cumplido hospedaje.

M. C. (Reconocida)
Tanta distinción...

T. ...Es ley
que aquí tengo establecida
para con todo viajero
que se dirige a la villa.

M. C. Si así es, quién se resiste.

T. Tanto más cuando ya el día...
tendré el honor de hospedar
de la guerra a una heroína.

M. C. Heroína, no; enfermera;
ahora más bien peregrina.

T. Juan, Fernandito, id delante
anunciad esta visita.

Adelántanse éstos; en pos de ellos Miss Cavell y Tarsis conversando. El guardabosque sigue el grupo a distancia. Al poco Antoñón.

ESCENA SEPTIMA

Antoñón es antiguo criado de la casa; trae un brazado de leña ya cortada, un hacha y una bota pequeña con muy poco vino; representa unos cincuenta años. Desembarázase de todo y sin quitar la vista del grupo que aún se ve a lo lejos, dice con marcado acento de indignación.

ANTOÑÓN Ya se han ido; no me han visto
y me alegro; sobre todo
por Juan, ese Juan sin tierra;

el detestable hablador
que tuvo entrañas de fiera,
acusándome al señor.
El Conde, también es hombre
que conmigo se portó...
No olvidaré aquella acción.
(Pesaroso) La señora sí que era
de lo que no hay en el mundo,
si Angel hay, no lo dudo
de seguro uno era ella.
Pero tuvo que sufrir
de esa borde, de esa ingrata,
De Tarsis que Dios confunda;
que trató de envenenarla.
(Indignado)
Qué crímen, cielos, qué infamia;
y después, con artes malas
ganando la voluntad
del Conde la muy taimada
de la villa y del ducado
se ha hecho señora y ama.
Pero Dios que es justiciero
habrá de hacer que su trama
se descubra y se sabrá
que no murió la señora.
No murió; cosa es bien cierta,
y aunque ellos dicen que sí
pero dentro otra les queda (Pausa)
si la señora volviera,
al ducado, que es muy suyo,
pues lo tuvo por herencia...
Si el Conde, Dios me perdone...
señor, haced el milagro;
que vuelva, Señor, que vuelva.
(Mirando a izquierda con lástima)
Llegan ya al castillo y entran.
¡Ah! Si entrar también pudiera
como entraba en otro tiempo
ya verían que Antoñón
no es tan mal servidor
como dicen malas lenguas.
Otros, en verdad, lo son
y siguen en casa, y medran,
pero la invidia, la invidia,
qué vamos a hacer; pacencia.

Se dirige a la bota y bebe. Llega el guardabosque.

ESCENA OCTAVA

Dichos.

GUARDA (Con sorna)
Antoñón, qué buena vida;
cómo aplicas el adagio.

A. (Dejando de beber)
Qué fuera del pobre viejo
si no mirara hacia arriba
agobiado de trabajo...

G. Porque quieres.

A. (Con intención)
...Si pudiera...

G. Hazte guarda

A. (Altivo)
...Guardaría.

G. Pues no sé yo que haya guardas
que no guarden.

A. ...Guardan; mira.
Desde que el ducado existe.

G. (Socarrón)
Sermón tenemos.

A. ...¿Lo pagas?

G. Lo pago.

A. ...No te molestes.

G. Prosigue.

A. (Titubeando)
...Quiero decir...
¿Viste a esa doña Blanca
que estaba con Fernandito?

G. Sí, por cierto, y no me explico...

A. ¿Quién crees tu que será?

G. Acaso de la familia,
o conocida del Conde.

A. ¿Parece que representa?...

G. Pero aquella vestimenta
con que viene, es harto rara.

A. En verdad, y aquella cara...
me pareció doña Blanca.

G. Yo no sé por qué presiento
que esa trae alguna danza.

ANTOÑÓN Pues he de saber quién sea,
sin saberlo no me acuesto.

G. Antoñón, no te adelantes,
no te metas, te aconsejo,
en cosas de los señores.

A. ¿Meterme yo? allá ellos.
Seré cuanto pueda ser,
un hombre, pero indiscreto.
Fresca tengo en mi memoria,
la jugada que me hicieron.

G. ¿Aún te acuerdas?

A. (Con saña) ...Si me acuerdo...
En fin, no hablemos, no hablemos; (Pausa)
y del señor qué me cuentas.

G. Lo de siempre; pleiteando
con su cuñado Fernando;
mira que meterse en guerras

A. (Con calor)
Si don Fernando defiende,
los derechos más sagrados
de la señora duquesa,
que le fueron usurpados
como sabes con violencia
y criminal atentado.

G. Sabido; y de ello se alaba.
Más nos conviene callar,
callar, que las piedras hablan;

A. (Con tesón)
Sobre todo a tí que guardas...
más, te digo, no está lejos
el dia en que si hablaran
no ya las piedras, los hombres
que aun vivos están,
los testigos de una escena
que no es lícito ocultar
por mas tiempo.

G. (Abstraído) ...De qué hablas.

A. (Acércase y más quedo)
Tú sabes que la señora...

G. (Rechazando la idea)
Silencio; no digas más

A. Pero vive, y si no ahora
a su dia pedirán
estrecha cuenta a los que
a Blanca Paz invocando,

luchan hoy en el ducado,
y es para alzarse con él.

GUARDA. (Con sorna) Parece cuento.

A. (Con calor) ...Y es más;
las tropas desengañadas
con tan triste realidad
han de dar muy pronto unidas
un golpe sensacional.

G. ¿Y el Ducado?

A. Cuyo sea,
pronto, pronto se sabrá.

G. (Con risa burlona) Ilusión.

A. ... Realidad.

G. (Volviendo las espaldas) Me marcho; adiós.

A. ... ¿Dónde vas?

G. (Volviéndose) Voy a seguir la batida
por el coto y la cañada.
Ví por allí esta mañana
un sujeto que la cara
con el ala del sombrero
disimulando tapaba,
y aunque de nadie sospecho...
pero, al fin, es uno guarda.

A. Avísame si algo pasa,
¿o quieres que te acompañe?

G. Como gustes.

A. Voy contigo,
y al pasar junto al castillo
si puedo enterarme...

G. (Con autoridad) ... Basta.

(Vase el guarda. Antoñón recoge sus avíos y le sigue. Al poco Raoul, que habrá estado oculto escuchando.)

ESCENA NOVENA

RAOUL. (Solo) Ese viejo está enterado
de todo; todo lo sabe;
dice que Blanca Paz vive
y que las tropas leales
sólo aguardan para unirse

que Blanca Paz y su hijo
se presenten; (pausa) quién me impide...
Don Fernando ya lo sabe...
El Conde no; suerte mía.
Le haré creer que es espía.
Es Blanca Paz, diré a Tarsis
y a las tropas que me envía
contra Rodolfo y Fernando
para librar el Ducado
de su cruel tiranía.
Ya esto es hecho. ¿Y don Fernando?
Caerá también en mis redes.
(Envalentonado.)
Raoul, la hora ha sonado
de la lucha; ¿acaso temes?
No sé temer; nada temo.
Si me depara la suerte
algún triunfo, ¿qué más quiero? (Vase)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Interior del castillo de Villamara.- Sala en el piso bajo.—Puerta grande, que conduce a la habitación y a la calle.—Ricas colgaduras.—A izquierda, en primer término, una cómoda.—Al lado opuesto consola con servicio de escribir.—Diván con almohadones, sofá y sillas finas.—Cuadros de diversos asuntos: en lugar preferente oleografías de Rodolfo y Blanca; en un testero panoplia con armas.—Profusión de luces.—Balcón o mirador que se supone da al patio o plaza de entrada al castillo.—Puertas comunicando a las habitaciones: primera izquierda, segunda izquierda, primera derecha.—Es de noche.—Al alzarse el telón Miss Cavell y Tarsis, ambas sentadas, sostienen el siguiente diálogo:

ESCENA PRIMERA

TARSIS. Jamás creí que en la guerra
se llegara a tal extremo.

MISS CAVELL Cuanto os digo, no exagero,
es un pálido reflejo
de la triste realidad (pausa)

T. (Asintiendo)
¿Qué extraño es, dada la saña
con que luchan los rivales?

M. C.- (Apenada)
¡Aún recuerdo horrorizada
aquella noche de sangre!...
¡Qué cuadro tan imponente
y a la vez emocionante,
ver a tantos combatientes
estoicos, arrogantes,
con paso firme; las frentes
altivas, siempre adelante,
desafiando la muerte!...
Los ví luchar; no os asombre
si os lo digo; en mi concepto
no eran hombres, no eran hombres,
eran genios destructores.

TARSIS. (Asintiendo, pensativa)
¡Qué espectáculo tan triste
se está dando en el Ducado...
entre hermanos, cruel demencia,
pudiendo haberse evitado
con amigable avenencia
entre Rodolfo y Fernando.

M. C. Tal creo.

T. ... Y acabarán...

M. C. Muy pronto, no lo dudéis.

T. ¿Qué impresiones traéis?
Vos, ¿quién creéis triunfará?

M. C. Dícese con insistencia
que a pesar de la violencia
y la tenaz resistencia
que opone el Conde, aguerrido,
el Conde será vencido,
y después vendrá la paz (pausa)

T. (En amarga queja)
Al fin, Rodolfo, vencido...
después de tanto luchar!...
(Levantándose acongojada)
Si Fernando triunfa, el Conde
no hay duda perecerá (pausa)
(A Miss Cavell)
Juzgo deberéis estar
fatigada; si os parece...
(Mira al reloj)
es hora de descansar.

M. C. (Ya en pie)
Como gustéis; disponed
por esta noche no más.

(Váose ambas primera izquierda. Al poco Fernandito, entre pensativo y triste' deteniéndose en el proscenio.)

ESCENA SEGUNDA

NIÑO. (Solo)
Papá no está; si estuviera...
hace tanto tiempo ya
que no le veo... ¿vendrá? (dudando)
Si supiera dónde para
le escribiría una carta
que dijera así: urgente;

papaíto quiero verte;
ven pronto; espera mamá.
(pasea reflexivo)
Se lo diré a don Roberto
cuando venga, si es que viene,
porque él también celebra
su cumpleaños (de pronto) es verdad...
es la fiesta de su santo.
(Contrariado)
¡Pobre señor, qué dirá!
Nada le hemos regalado...
(Hace ademán de ir)
Pues yo le voy a obsequiar.
(Deteniéndose)
¿Qué regalo le daré?
(Saca el reloj)
Lo mejor, mi reloj de oro.
(Con lástima)
Es recuerdo de mamá...
(Yendo a la cómoda)
Aquí, en la cómoda, habrá...
(Abre la cajonera)
Sí, sí, debo tener algo.
(Registra, y de pronto)
Una caja de sorpresas.
(Saltando de contento)
Otra, otra (desconsolado) están vacías...
(Buscando más)
Un bebé ¡qué tontería!
(De pronto, alarmado)
El revólver de papá.
(Lo coloca sobre la cómoda)
Esto con mucho cuidado.
(Registrando más y más. Al fin cogiendo un retrato)
¡Qué pena; no encuentro nada!
(Teniéndolo en la mano)
Si quisiera mi retrato...
(Váse primera derecha.)

ESCENA TERCERA

TARSIS. (Sola. Pasea y habla intrigada)
Será cierto cuanto cuenta
de la guerra; pero ella,
una enfermera que deja
los heridos y se aleja,
esto me hace sospechar... (pausa, dudando)
(De pronto)
¿No será esa embaucadora

que tanto ha dado que hablar?
Me arrepiento; si ahora fuera...
(Súbito levantándose)
Pero el niño habló con ella.
(Llama primera derecha)
Fernandito...
(Voz de dentro)
Qué, mamá.

(Sale **Fernandito**. En la mano trae el retrato. Lo guarda.)

ESCENA CUARTA

TARSIS. ¿Ya tienes sueño?
N. Es temprano.
T. ¿Qué hacías?
N. Me entretenía;
¿no tienes otros retratos?
T. Sí, querido, y te los guardo.
¿Hablaste con la señora?
N. Es verdad; no te he contado..
T. (Acercándose al proscenio)
Cuéntamelo todo ahora;
(Llevándolo con cariño y sentándose ella)
aquí, siéntate a mi lado.
N. (Con ingenua sencillez, en pie junto a ella)
Sabes, cuando me acerqué
al sitio que estaba ella
la saludé, y me miró
como si me conociera.
Me preguntó a dónde iba;
voy, la dije, paseando;
la hablé de tí, porque ella
me preguntó; y vió el collar
de perlas, que sabes guardo;
la invité a venir a casa...
me dió lástima; ¡es tan buena!...
Después llegó Juan, luego tú.
¿Te parece que he faltado
diciéndola que viniera?
T. No, no, querido; al contrario:
lo has hecho cual deseaba.
Yo esperaba eso de tí.
Dame un beso y a dormir,

ya te llamaré mañana.
(La besa y marcha. Después, volviéndose)

NIÑO. Si no me duermo, vendré,
te estaré haciendo compaña,
porque veo que estás triste.
(Con mimo. acercándose a ella)
Adiós, Tarsicita, duerme;
Si no vuelvo, hasta mañana.
(Váse, derecha.)

ESCENA QUINTA

Tarsis en amarga incertidumbre hablando consigo misma.

No vislumbro, no adivino
lo que puede haber de cierto
en este asunto, que tanto
me interesa cuanto temo.
(Exasperada)
Sobre todo, no comprendo
cómo he podido en mi mente
forjarme la extravagante
(Rígida)
idea; «¿si será ella..?»
(Luchando consigo misma)
Obsesión inconcebible
que así me conturba y ciega;
(En un imposible)
Mas no puedo persuadirme
a creer «que ella» no sea;
(Muy abatida)
me traiciona el corazón...
Tan violenta situación
me aterra, me desespera.

Se sienta; silencio angustioso; (ocultando el rostro entre las manos).

ESCENA SEXTA

Entra Lucila anunciando a un desconocido, que entrega tarjeta del Conde. Tarsis, serenándose, ordena que pase. Entra Raoul. Dichos menos Lucila.

RAOUL Perdón, si vengo, señora,
a molestaros.

TARSIS (Secamente) Decid.

RAOL. Esa enfermera que aquí
hospedáis, es sospechosa.

(Como extrañada)

TAR. Sospechosa... ¿Qué decís?
¿No es dama de la Cruz Roja?

RAO. Como tal la hemos creido
hasta aquí en el campamento,
pero al fin se ha descubierto
que es espía, y que conspira
de acuerdo con don Fernando,
para sublevar las tropas
leales y apoderarse
del castillo y del Ducado.

(Interesada)

TAR. Nunca tal creyera,

RAO. Es cierto.
Se sabe, por buen conducto
que es aquella Blanca Paz
de quien se cuenta que un día
trataron de envenenar
y que frustrado el intento
huyó, y con el valimiento
de D. Fernando, su hermano,
se presenta a hacer valer
sus derechos al Ducado
contra el Conde y contra vos.

(Intrigada)

TAR. ¿Se concibe tal audacia?

RAO. No ha mucho en la comandancia
penetró y sin vacilar
habló con tal arrogancia
sobre la guerra y la paz,
que alarmado el General
ordenó su detención;
pero ella, con destreza,
de todos se defendió;
al fin desapareció
y vimos con extrañeza
que unos planos que en la mesa
había, se los llevó

TAR. (Poniéndose en pie violenta).
¿Pero no sabe eso el Conde?

RAO. Lo sabe, sí; y en su nombre
vengo para detenerla,
con orden de que aquí quede

recluída, hasta que él venga.

TARSIS Y el Conde vendrá...

RAO. Mañana

TAR. Pues, vos, decirle en mi nombre
que puntualmente, yo misma
ejecutaré su orden.

RAO. Precisa gran vigilancia,
(Ofreciéndose)
si os parece...
Vendrán guardias

TAR. (despidiéndole)
Mis recuerdos al señor.

RAO. (Saliendo)
De su parte, adiós.

TAR. Adiós.

ESCENA SEPTIMA

Tarsis sola; adelanta hasta el centro de la escena, permaneciendo breves instantes inmóvil, transfigurada de amargo dolor, al fin sobreponiéndose así misma.

TARSIS (Frenética)
Ella, ella al fin; qué duda
cabe ya; aparta, no más
en mis oidos resuene
ese nombre; hora fatal, (pausa)
(Con mirada siniestra)
voz traidora, que despiertas
su recuerdo y me atormentas;
calla, calla; vano intento (breve pausa.)
(Con desesperación)
Situación triste, angustiosa
(Enajenada como fuera de sí)
la mía; horrible tormento.
Moriré de sentimiento
ante ominoso baldón
recordándola, la culpa
pesa ya cual maldición
sobre mi cabeza, y siento
el cruel remordimiento
que punza mi corazón.
(Pasea y después, con voz ahogada, subrayando las palabras)
Llegará el Conde mañana
y se encontrará en presencia

de esa mi rival tirana
a la que él creía muerta.
Y se pondrá en evidencia
(Sollozando entre ira y despecho)
tanta falsedad que afrenta.
Ella triunfará de mi,
y yo humillada, vencida,
a sus pies me veré; suerte
vil, mil veces la mía,
que me condenas a vida
peor que la misma muerte.
Vivir en su compañía...,
tenerla siempre presente...,
¿cómo habré de resistir
sus miradas, ni vivir;
de vergüenza moriré...
(Intrigada)
Mas no a fe, que a mi existencia
yo misma, antes, fin pondré (pausa)
(Con despecho)
Sí, sí; morir, moriré.

Hay pausa; con ánimo resuelto y mirada altiva, respirando odio, da unos pasos, escucha y volviendo al centro de la escena en la misma actitud, dirá con voz ahogada y mirada agresiva:

Sola estoy, nadie me ve;
en las aguas silenciosas
del pozo, sepultaré
mi vida (pausa, aterrorizada) ¡Cómo podré...
(Extremeciéndose)
Qué muerte tan angustiosa..!
(Con brío)
Sea mi postrera hora
(Adelanta resuelta)
Acabar quiero (como herida de pronto)
¿Qué es esto?
(Desfallecida, deteniéndose)
Si siento que me abandonan
las fuerzas..., fáltanme alientos...
(Pausa, exhausta, sin fuerzas)

Con paso incierto y vacilante, buscando apoyo, llega a la cómoda sosteniéndose allí unos momentos y al fin dice con voz angustiosa:

Infeliz de mí..., qué hago (presa de angustia)

Reparando en el revólver que hay sobre la cómoda; cogiéndolo con mano trémula:

El azar pone en mi mano
esta herramienta de fuego... (aplicándola a la sien)
(Muy trágica)
Un momento no más... (con mortal ansia)
Tiemblo

(Dejando caer la cabeza vencida y muriendo las palabras en sus labios.)

No tengo valor; no pu...e...do...

Cae el arma de su mano, y ella desfallecida a los pies de la cómoda: Breves instantes de vacilación; repuesta ya, mirando en torno suyo.

(Reconociendo su impotencia)
¿Qué hago yo aquí, vencida,
domeñada mi altivez?
¿Cómo el odio que me inspira
y los afanes que siento,
no me dan fuerzas y aliento
para acabar de una vez?
(Se levanta apoyada en la cómoda)
(Ya en pie, respirando odio)
Ella descansa; su vida
está en mis manos y puedo
(Dirigiéndose a la habitación primera izquierda)
vengarme . , venganza...
Se detiene como si cediera ante una fuerza misteriosa
Tente.
(Como si otro hablara en su interior)
Esa sangre es inocente.
(Retrocede)
No te acerques, no te acerques,
huye de aquí, pronto, vete.
(Se aparta y en amarga queja contra sí misma
¿Cómo en mi pecho consiento
instintos tan criminales..?
Ella... no, morir no debe;
yo, yo mil veces culpable.
(Pausa; meditando un plan; decidida)
Sus vestidos me podrán
servir de disfraz; iré
a los campos de batalla,
y si aquí he sido cobarde,
allá, enfermera, entre heridos,
mal que me pese, aunque tarde
expiaré mi delito.

Penetra en la habitación primera izquierda, vistiendo las ropas de Miss Cavell; vuelve y paseando, con miradas llenas de lástima.

¿Cómo podré resignarme
para siempre abandonar
el castillo, separarme
de los míos, olvidar
tiernos recuerdos, amigos,
mis alhajas, mis vestidos,
todo; mi felicidad? (pausa)
¿Y Rodolfo..? Lo sabrá

(En la consola escribiendo sentimental`
Rodolfo: cuando esta carta
llegue a tus manos, acaso
yo en los campos de batalla...
(Llora, dejando la pluma)
No puedo; la pena me ahoga.
(Escribiendo de nuevo)
En este momento salgo
del castillo disfrazada;
vive Paz; debo morir;
comprenderás mi desgracia.
Soy Tarsis, que arrepentida
perdón te pide y abraza.

(Penetra en la habitación derecha dejando la carta, y vuelve despidiéndose con voz velada por las lágrimas)

Adiós, castillo señorial
testigo de mis orgías,
tú mis dulces alegrías
viste nacer, y morir
ves hoy, apenas nacidas.
Guarda a aquella cuyo eres
ya que tus muros la encierran,
y de tí, borrada sea
mi memoria eternamente.
Adiós, adiós para siempre.
(Vase foro)

ESCENA OCTAVA

Mutación. Cuadro. Paisaje de campo; algunos arbustos y matorrales: el suelo tapizado de menuda hierba; al centro de la escena un camino, yendo de izquierda a derecha y un sendero que parte del camino perdiéndose a lo lejos. Es media noche. La luna iluminará el paisaje a través de ligeras nubecillas, dando a la escena aspecto fantástico. Tarsis, sola, camina medrosa al campamento.

TARSIS

(Poniendo silencio en sus pasos)
Siento un calor bochornoso,
el aire cálido quema.
Un aliento misterioso
flota en el ambiente y llega
hasta mí; pensar me aterra
en atentado horroroso.
(Mirando a un lado)
Ese sendero va al bosque,
el camino a la ciudad,

al campamento me siento
sin fuerzas para llegar...
¡Qué imponente soledad!
Me espanta, pero me alienta
que el día cercano está
(Se detiene para escuchar)
Siento pasos; oigo ruído...,
tal vez la enramada..., el viento,
parece un triste gemido
o como largo lamento...
(Dando un paso atrás)
¡Calla..! Una sombra..., parece
que se acercan. ., oigo hablar...
(Retrocediendo)
Se acercan, sí; si pudiera
ocultarme (mirando a los lados) hora fatal...

La obscuridad de ligera nubecilla que pasa favorece su huída; llega Raoul siguiéndola con la vista, poniendo silencio en sus pasos.

ESCENA NOVENA

RAOUL (Espiando)
Aunque te vayas, mis iras
te siguen; no escaparás.
(Astuto; complaciéndose)
Todo lo tengo dispuesto,
fomentando el descontento
y halagando el noble instinto
de las tropas, serán mías,
y mío será el Ducado
y el castillo. ¿Quién lo duda?
Al fin lograré mi intento.
(Vase expiando)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO.—Representando la vasta campiña asolada por las tropas de Fernando y Rodofo después de sangriento combate. Doquiera destrozos, cadáveres y armas de guerra abandonadas. Junto al camino estará Rodolfo, tendido, sin conocimiento, por efecto de la herida que tiene en la cabeza, presenta manchas de sangre en el uniforme; poco a poco recobra el conocimiento pronunciando palabras no inteligibles. Trata de incorporarse sin poder conseguirlo; luego llamando; al poco Tarsis.

ESCENA DÉCIMA

RODOLFO

(Voz exhausta; secas las fauces)
¿René, René..., qué habrá sido
de él?, no responde; habrá muerto
(Haciendo esfuerzo)
Sin mi fiel René. herido,
desangrado, sin aliento. (pausa)
(Voz desgarrada)
Tarsis, Fernando, hijo mío...
Fernando, Tarsis.
(Expirando en sus labios las palabras)
No... pu...e...do...
lejos... de... vosotros... triste...
sólo a...bandonado... muero.

Cae en un fuerte desmayo. Llega Tarsis; adelanta como sombra. Se detiene en silencio; mira horrorizada. Hay claridad de la luna que camina al ocaso.

ESCENA DÉCIMOPRIMERA

TARSIS

(Como si temieran que la oyesen)
Me quebranta el corazón
ver cuadro tan lastimoso...;
aquí la triste mansión
de la muerte, el horroroso
extertor de la agonía
hasta a mí llega; presiento
el efecto desastroso
de una batalla perdida...
(Muy conmovida mirando a los lados)
¿Qué habrá sido de Rodolfo..?

Mucho temo que su arrojo
le haya costado la vida.

RODOLFO (Con voz muy apagada)
Agua, a.. gu...a...

TAR. (Mirando) Es un herido.
(Yendo hacia él)
Lástima, ¡cuántos habrán
perecido abandonados
en tan triste soledad!
(Va junto a él)
¡Bañado en su propia sangre!
(Arrodillándose a su lado)
Tiene una herida mortal;
debo ante todo curarle.
(Restañando la sangre)
Aún hay aliento vital.
(Con lástima, sin poder contener su indignación)
¡Maldita guerra! Bendita
la enfermera, la heroína,
cuya misión es divina,
mensajera celestial.
(Vendando la herida)
¿Qué fuera del pobre herido
sin consuelo, sin alivio,
abandonado? ¿Qué hiciera
si a su lado no velara
ella, como ángel de paz?

RODOL. (Volviendo en sí; mirando)
¿Quién eres que a mí a llegar
te atreves?

TAR. Soy enfermera,
que vida os puede dar.

RODOL. (Con mirada lánguida)
¿Vida? Déjame que muera
y acabará mi penar.

TAR. Viviréis; pensad ahora
que a morir lugar habrá.

RODOL. (Rechazándola)
Aparta, aparta.

TAR. (Acabando de vendarle)
Dejad.

RODOL. (Quejándose)
No podré sobrevivir
a desdicha tan fatal.

TAR. ¿Qué, vuestra desgraciaes tan ta?

RODOL. (Hablando con dificultad)
Inmensa; no tiene igual.

TARSIS. ¿Huísteis del enemigo?
¿Hicísteis traición?

RODOL. (Como indignado) No tal.
Desarmado fuí, perdí
mi espada, mi libertad. (ligera pausa)

TAR. Nadie la gloria podrá
disputaros; sóis un héroe,
un valiente; si la suerte
os fué adversa. ¿A quién culpar?

RODOL. A nadie; por eso ansío
(Apartando la vista de ella)
morir, morirme dejad.

TAR. Calmaos, si vos supiérais...
Dulce miel son vuestros males
comparados con mi mal.

RODOL. (Tornando a mirarla)
Acaso vos...

TAR. Yo cumplida
veré mi dicha, al lograr,
salvándoos, arrancar
a la muerte vuestra vida.

RODOL. (Con desprecio)
Vida para mi.

TAR. (Acabada la cura) Pensad
ahora, el vivir es dulce.

RODOL. Sin honor, sin libertad,
dulce..., más dulce es la muerte.

TAR. Bien veo de aquesta suerte
el dolor os hace hablar.

RODOL. El dolor, no; es muy otra
la causa de mi pesar.

Hay pausa; durante este intervalo Rodolfo se incorpora; parece haber recobrado fuerzas y prosigue más animado el diálogo; él sentado, la enfermera en pie.

TAR. Ha debido ser sangrienta
la batalla.

RODOL. Muy reñida;
en ella, mi honor y mi vida
expuse.

TAR. Temeridad.

RODOL. Era mi deber.

TAR. Admiro
al soldado que su sangre
al rostro del enemigo
lanza, con noble valor;

ese tal, grande entre grandes
es dos veces vencedor.

RODOLFO (Mirándola complacido)
Tales palabras, os juro
me infunden bélico ardor (pausa)
(Rodolfo se pone en pie y ensaya unos pasos)

TAR. (Sosteniéndole del brazo con delicadeza)
¿Os sentís más aliviado?
RODOL. Sí, sí; me encuentro mejor;
ya no me importa un ardite
ni la herida, ni el dolor,
sólo pienso en el desquite;
me de haber con mi enemigo
como rey, como señor.

TAR. (Celebrándolo)
Bien haya altiva nobleza
con hidalgo corazón (ligera pausa)

RODOL. (Mirándola efusivo)
Y vos, como recompensa
¿qué pedís? Os soy deudor...

TAR. (Como ofendida)
No me habléis de recompensa (pausa)

RODOL. (Después de mirarla breve rato)
Sólo deseo saber
vuestro nombre, me interesa.

TAR. (Visiblemente turbada)
Mi nombre no, sólo os ruego...
RODOL. Hablad.

TAR. (Balbuciente, desconcertada)
El nombre, no puedo...
RODOL. Decidlo, no vaciléis
TAR. No soy la que imagináis.
RODOL. Imagino que sois ángel.
TAR. Es favor; os lo agradezco;
no podría aunque quisiera
revélároslo, es secreto,
ya que en mi nombre va envuelta
una trágica aventura.
RODOL. ¿Algún agravio o injuria?
TAR. Mucho más, para mi mal.

RODOL. (Impaciente)
Por vuestra vida, acabad

TAR. (Afectada)
Es tan sin par mi ignominia,
tan depravada mi suerte

que sin cesar, de mi misma
huyendo, busco la muerte.

RODOL. (Rotundo)
Decidme sin dilación
qué puedo en vuestro favor.
Por vos la vida daré.

TAR. (Gimiendo en su interior.
Decretada está, señor,
mi suerte; sólo la muerte...
la muerte...

RODOL. (Atajando las palabras)
¿Morir vos? No;
vivid, señora, vivid,
que la vida es un regalo.

TAR. ¿Regalo al triste vivir
llamáis?

RODOL. No lo es tanto,
que aun en obscuro horizonte
cuando amaga la tormenta
rasgando la densa nube,
muestra el sol la faz serena.

TAR. Bien decís, sí;

RODOL. De vos hablo.
Historias, ¿quién no cuenta una?
¿Quién no tuvo un desengaño?
Y vida, ¿cuál es la vida
que no obscurezca un nublado?
(Acercándose a ella cariñoso)
Si una vida yo os dijera...

TAR. (Confiada)
Si la mía yo os contara...
pero, no ha lugar a tanto.
(Breve pausa y después Rodolfo)

RODOL. (Efusivo, cariñoso,
Me inspiráis vivo interés
y quisiera merecer
tanto honor; seré discreto.

TAR. (Resistiendo en principio)
¿Me lo prometéis?

RODOL. Prometo.
(Adoptando actitud y lenguaje misterioso)

TAR. Sabedlo: de aquí no lejos,
en la hermosa rosaleda...
(Añorando)
Recordarlo, no; no puedo,
su nombre mis labios sella;

allí se meció una cuna
tapizada de oro y seda,
ojalá no se meciera
ni plácido el cielo fuera
para mí, en tanta ventura.
Acariciada entre brisas
perfumadas, deliciosas,
deslizábanse felices
mis días; era mi vida
plácida como la aurora,
dulce como una sonrisa;
(Soñando)
horas de felicidad
que presurosas volaron;
volaron, no volverán,
y como el vivir es lucha,
entre el vivir y el luchar
surgió ella, la rival
que no podía faltar,
acechando en el camino
la sirena engañadora
que con su canto atrevido
estorbara mi ventura.

RODOLFO. (Interesado)
Y fué ella...

TAR. (Con amargo acento)
La fatal
estrella de mi destino,
que arrebató mi tesoro,
mis ensueños, mis alegría,
(Como fuera de sí)
mi amor, mi esperanza, todo...
(Ahogando el llanto en su pecho)
Llegará, llegará el día,
dije loca de furor,
y la traidora a mis manos
morirá, tendré valor;
lo juré y por realizarlo
el mortífero licor
en vaso de oro a sus labios
acerqué y sin vacilar,
muy ajena, lo bebió.
Pero no logré mi intento,
que tan odiosa rival
(Rompiendo en amargo llanto)
vive, para mi tormento...

(Conmovido por el relato, en un movimiento de indignación)

RODOLFO. ¿Ella vive? La tirana...
¿Y vos intentáis morir?
Rodolfo de Villamara
no lo puede consentir

TAR. (Con sobresalto)
¿El Conde?

RODOL. El mismo que os habla,
hoy mi favor os prometo,
pero guardadme secreto
que aquí mi enemigo anda.

TAR. (Apartándose recelosa)
¿Qué queréis decir?

RODOL. (Yendo a derecha) Mirad,
luces por allá.

Brillan a lo lejos antorchas; son enfermeras y un médico de la Cruz Roja que vienen en dirección a ellos.

TAR. (En ademán de huir) Os celan

RODOL. (Mirando más)
Aguardad, son enfermeras.

TAR. Ciertamente, os van buscando;
con ellas quedad, yo marcho.

RODOL. ¿Os vais? ¿Me dejáis herido?

TAR. (Yendo derecha)
En modo alguno, aquí aguardo,
iré con vos al castillo (vase)
(Volviéndose, ya distante)
Confiad.

RODOL. (Dando unos pasos hacia ella)
No me resigno.

ESCENA DECIMOSEGUNDA

Las tres enfermeras y el médico; una enfermera adelantándose hasta donde está Rodolfo y hablando con el médico.

ENFERMERA 1.ª (Voz alta)
Feliz hallazgo, doctor,
un herido ya curado

ENFER. 2.ª (Felicitándole)
Veamos (palpando) nada mejor,
habeis sido afortunado.

ENFER. 3.ª (Llegándose)
¿A quién cupo tanto honor?

RODOL. ¿Honor? Yo fuí el honrado.
MÉDICO (Acercándose)
¿Qué estoy viendo? Mi señor,
el Conde, aquí abandonado.
RODOL. Abandonado de vos.
ENFERMERAS Perdón, señor, lo ignorábamos.
RODOL. ¿Traéis noticias? ¿Y mis tropas?
MÉDICO Batiéndose en retirada.
RODOL. (Animado)
Es un ardid, lograrán
el triunfo que me anunciaban.
MÉDICO (Mostrando un escrito)
Ved aquí, señor...
RODOL. (Cogiéndolo) ¿Qué es esto?
MÉDICO Es una lista de heridos.
RODOL. ¡Tantos son!
ENFER. 1.ª Más son los muertos;
los campos, da compasión,
de cadáveres cubiertos.
MÉDICO Vuestro adversario, Fernando,
según rumores, intenta
penetrar en el Ducado
a viva fuerza, tomar
el castillo por asalto
contra toda oposición
y salvar a Blanca Paz,
que él dice, yace en prisión.
RODOL. (Con marcada indignación)
¿Pero está loco de atar?
¿Quién si no él, pudo afirmar
semejante aberración?
(Pausa en triste añoranza)
¡Ah, si Blanca Paz viviera..!
aquel ángel de candor...
No era el mundo digno de ella
ni la merecía yo;
y el desnaturalizado...
¿aún se atreve a mancillar
ese nombre? No, no irá;
pero si intenta, lo juro,
al punto vamos allá.

(Vanse por izquierda; al poco Tarsis que habrá estado escuchando ocultamente.)

ESCENA DECIMOTERCERA

TARSIS (Pesarosa, triste, al verlos marchar)
Es Rodolfo, sí; va herido.
¿Cómo no le conocí?
Pero, él ¿me habrá conocido..?
Lo dudo (pausa) ¡infeliz de mí!
(Siguiendo con la mirada)
Se dirigen al castillo.
Bien veo, no volverá...
Cuando llegue él allá y vea...
No me quisiera acordar;
(A espaldas de Tarsis, distantes, se dejan ver dos que expían)
acaso en mi piense, sí;
pero, ya tarde será.
Si pudiera penetrar
en el castillo... ¿Qué digo..?
Desventurada; me olvido...
(Despechada)
Que para mí acabó ya.

(Despidiéndose con ademán y miradas tristes, al volverse vése sorprendida por Raoul y el guarda que la intiman «orden de detención».)

ESCENA DECIMOCUARTA

(Dichos.)

RAOUL Detenida estáis, señora,
la autoridad os reclama.

TARSIS (Alarmada)
¿Detenida yo..?

GUARDA Seguid.

TAR. Me confundís, no me extraña;
(Resistiéndose erguida)
más, ¿con qué derecho a mí?
¿Quién, decidme, os autoriza
para impedirme que ejerza
libremente y como quiera
las funciones de enfermera
y dama de la Cruz Roja?

RAO. (Obligándola a ir)
No preguntéis más, seguid.

TARSIS. (Resistiéndose)
Pero, ¿adónde me lleváis?
¿Quién sois vosotros?, decid.
RAO. Iréis a la Comandancia (breve pausa)
TAR. Al Conde apelo.
RAO. A él vais.
El fallará en vuestra causa.
(Vanse derecha.)

CAE TELON

ACTO TERCERO

Habitación y decorado como en el segundo acto. La luz muy tenue, que permita ver confusamente los personajes en escena. Es de madrugada. Todos reposan en el castillo menos Miss Cavell. Al alzarse el telón está desmelenada, con los vestidos ligeramente en desorden, va de una a otra parte como sonámbula, pugnando por salir. Viste las ropas de Tarsis.

ESCENA PRIMERA

MISS CAVELL

El sueño huye de mis ojos,
me desvelo, me atormentan
recuerdos mil dolorosos,
y en mis oídos resuenan
ayes tristes y angustiosos,
que exacerban mi dolor... (breve pausa.)
(Con mirada angustiosa)
Infelices...! ¡cuánto sufren...!
¡Son heridos...! compasión...!
Si penando a tantos miro,
si a tantos morir presencio
¿Cómo, infortunada, aún vivo?
¿Por qué con ellos no muero?
Acaso el cielo detiene
aún su espada, justiciero,
sobre mi cabeza, y quiere
que mi aliento los aliente;
que con mi amor, su dolor
endulce, en aquel supremo
trance de dura agonía;
(tendiendo los brazos en ademán de ir)
¡Corre allá! oígo, me gritan,
corro allá, no me detengo
porque viéndolos morir,
abandonarlos no puedo.
(yendo de una a otra parte)
Quiera escucharme hoy el cielo...

(Palpando por las paredes)
aliéntome a proseguir...
(Deteniéndose ante la puerta segunda izquierda)
noche triste... noche aciaga...
tu lóbrega obscuridad
mis pasos, no, no detengas,
ni más cual dura cadena
aprisiones sin piedad,
a quien ya por piedad, ruega.

Luz. Cae ante la puerta segunda izquierda repitiendo ¡piedad!, ¡piedad de mí, piedad. Se abre y entra Lucila, quien al ver a su señora (por Tarsis) en tal actitud, alarmada, exclama.

ESCENA SEGUNDA

LUCILA — Señora, ¿cómo vos así?
¿Qué os aflige? ¿Qué os sucede?
M. C. — Es triste, pero se impone
mi marcha, debo salir.
LUCILA — Pero... ¿adónde queréis ir?
M. C. — (absorta en su idea)
Debo seguir mi destino
LUCILA — ¡En tal hora!... desatino...
no, no puedo consentir
que salgáis.
M. C. — No os opongáis,
es por un alto designio
que vos sin duda ignoráis.
LUCILA — Lo ignoro, sí; vos soñáis.
M. C. — ¿Yo soñando?... (mira extrañada) ¿Y mis vestidos?
LUCILA — Digo... no sueña, delira,
(Llevándola)
venga, venga, he de decirla...
(M. Cavell dispónese para escuchar y Lucila en ademán de irse)
aquí, aquí en la alcoba.

Ambas salen por segunda izquierda. Oyese ruido de gente que llega a la puerta del castillo, al poco entra Rodolfo. Le acompañan las enfermeras y el médico de la Cruz Roja; trae vendada la cabeza. Su aspecto es de gran cansancio; se sienta en el diván, está muy abatido. Al poco entra Lucila. En pieza a clarear el día.

ESCENA TERCERA

(Dichos, sentándose en el diván.)

RODOLFO — No tanto siento la herida
cuanto perder la batalla,
pero así, mi mala estrella
lo dispuso; traedme agua,
Sale una enfermera volviendo acompañada de Lucila
(Intrigado)
Llegará, llegará el día
y con él la hora ansiada,
y cuya sea la villa.
decirlo han las espadas.

ESCENA CUARTA

(Dichos, Lucila trayendo en una bandeja copa y botella con agua.)

(Impresionada)
LUCILA — ¡Así, mi señor!... ¿qué veo?...
al fin herido...
RODOL. — No es nada.
LUCILA (acercándose)
Tiene heridas en el cuello
(Al ver las manchas de sangre)
en los brazos, en la cara.
RODOL. — Herido, pero aún siento
alientos para luchar,
deponer las armas, nunca.
ENFER. 1.ª — Es tan hermosa la paz.
RODOL. — Por conservarla he luchado
y lucharé, es mi ideal (breve pausa)
(Con palabras llenas de lástima)
LUCILA. — Bueno mis ojos os vieron
partir, y volvéis herido,
por vos, señor, yo os pido... (sin terminar la idea)
RODOL. — ¿Qué pides?
(Presentando la copa)
LUCILA — Señor, bebed.

Rodolfo bebe; coge el médico la copa de manos de Rodolfo.

MÉDICO En cama os aliviaréis
y estaréis menos molesto.
RODOL. Necesito tener antes
noticias del campamento.
MÉDICO A vuestra disposición
estamos, señor, mandad.
RODOL. Id, con impaciencia espero. (vase el méd co y en fermeras)
(Despidiéndose éstas)
Hasta pronto, descansad. (vanse foro)

Rodolfo solo, al poco Lucila, que no lejos, pero fuera de la habitación en que se halla Rodolfo, vigila solícita por su señor.

ESCENA QUINTA

RODOLFO. (Solo. Exasperado.)
¿Qué negras sombras de olvido
me rodean; qué mal hado
extiende hoy despiadado
sus alas en torno mío?
¿Era preciso que herido
el Conde hiciera saber
su presencia en el castillo? (pausa)
(Se levanta y observa)
Sólo silencio sombrío.

ESCENA QUINTA BIS

(Penetra Lucila, recatada.)
RODOLFO. (Al notar la presencia de Lucila)
Lucila, ¿y la señora?
Dime, ¿dónde está mi hijo?
LUCILA. (Adelantando hasta él)
Señor, Fernandito duerme
todavía; la señora
ha pasado mala noche,
delirando como loca,
quiso salir no sé dónde.
RODOL. ¿Y marchó?
LUCILA. ¡Por Dios, señor!
¿Cómo iba a consentirlo?

RODOLFO. ¿Y dónde está?
LUCILA. En su alcoba
descansando.
RODOL. No me explico...
LUCILA. ¿Desea algo su excelencia?
RODOL. Quiero que venga mi hijo.
LUCILA. (Riente)
Cuando os vea... qué alegría
para él, que no descansa
pensando en vos; voy a prisa.
(Sale por la derecha.)
RODOL. (Hablando consigo mismo, contrariado)
(Pasea) Trastrocados los destinos
del Ducado, vano empeño
luchar... ¿para qué luchar?
Esto no tiene remedio...
(Se sienta. Instantes de silencio y abatimiento.)

ESCENA SEXTA

(Fernandito, entrando por la derecha, se detiene un momento al ver a Rodolfo Al fin corre a echarse en brazos de aquél, llorando de ternura.)

FERNANDITO. Papá, ¿Cómo estás herido?
¡Cuánto he llorado por tí!...
¿Por qué te marchaste, dí?
RODOL.. (Lo abraza)
No me preguntes, querido,
ni me culpes, ya me ves
ahora; estaré contigo
siempre, no te dejaré;
dame un abrazo muy prieto...
ahora un beso...
NIÑO. Otro.
RODOL. Así...
Mamá Tarsis, ¿dónde está?
NIÑO.. Tú ya lo sabes, la has visto.
RODOL. Me extraña mucho no venga
sabiendo que estoy herido.
NIÑO. Ayer vino una señora
vestida toda de blanco.
RODOL. Sería alguna enfermera.
NIÑO. Es tan buena, si la vieras...

y a Tarsis vi esta mañana
con los vestidos de ella.

RODOLFO. Niño, ¿qué dices?

NIÑO. Sí, sí.
Otro besito; después
vendré para que la veas (medio mutis
(Volviendo) Esta carta es para tí,
estaba sobre tu mesa..

ESCENA SÉPTIMA

RODOLFO. (Mirando con curiosidad el sobre escrito)
(Perplejo) Extraña cosa... esta letra...
(Alarmado) Qué nueva triste presiento?...
Acaso Tarsis... me temo...
— (rasga el sobre)
Veamos la firma (de pronto) es ella.
(Lee) Rodolfo, cuando esta carta
llegue a tus manos, acaso
en los campos de batalla...
(Interrumpe la lectura indignado, sorprendido)
¿Es posible? ¿Cómo leo? (Volviendo a leer)
(Interrumpiendo la lectura de nuevo)
(Colérico) ¡Blanca Paz!... ¿Qué nueva infamia
contra mí intentan? ¿Qué es esto?
Luchar contra mi destino,
imposible... no, no puedo.
(Se sienta, como abatido bajo el peso de fatal desgracia, y en la misma actitud, con sorda rabia)
abandonar el camino
comenzado ya... primero
morir... antes moriré.

LUCILA. (Entrando)
¿Se puede pasar? (acompañará al guarda)

RODOL. ¿Quién es?

(Entra el guardabosque)

ESCENA OCTAVA

LUCILA Es el guarda, señor.
(Dichos, menos Lucila)
GUARDA (adelantándose) Vengo
a deciros que la espía
está ya en nuestro poder.
RODOL. Conducidla a mi precencia
al momento, quiero verla.
GUARDA Mucho me temo, excelencia...
RODOL. ¿Qué temes?
GUARDA Esa mujer...
ha dado pruebas de ser
en extremo peligrosa,
y con palabras capciosas
pudiera haceros creer
que es inocente.
RODOL. No temas,
me han hablado mucho de ella;
mas ahora por mi mismo
sabré cuanto me interesa.
GUARDA Pero veo que está herido
su excelencia.
RODOL. Es poca cosa.
GUARDA (marchando) Vuelvo pronto.
RODOL. No te tardes,
acabar quiero cuanto antes
en cuestión tan enojosa.
(Pasea por la estancia, y al fin contrariado dice)
No acabo de comprender
Esa carta misteriosa.

ESCENA NOVENA

(Entra el guarda. En pos de él Raoul conduciendo a Tarsis Raoul adelantándose hasta Rodolfo, presentando a Tarsis.)

RAOUL La espía, señor; mandad.
RODOL. (sentándose)
¡Por fin! .. Llegaos acá (breve pausa)
(Con énfasis a Tarsis)
¿Sois la mujer misteriosa

que, de acuerdo con Fernando,
contra mi y contra mis tropas
conspiráis en el Ducado?

TARSIS. (Con serenidad)
Excelencia, no pudiera
inferiros tal agravio.
Soy dama de la Cruz Roja

RODOL. Vos lo decís.

TAR. Ved las ropas.

RODOL. No basta, debéis probarlo.

TAR. Os hablo como enfermera,
señor; ¿habré de engañaros?
(Encarándose con Tarsis)

RAO. (Con ira mal reprimida)
¿Quién, decidnos, del castillo
salió huyendo a hora avanzada?

TAR. No huía, me dirigía
a los campos de batalla.

RODOL. (Levantándose)
Siento que vos en mi enemiga
os hayáis constituído.
(Perplejo aparte)
Aunque dudo sea la espía
de que me hablan, juraría
por mi vida haberla visto.
(Volviéndose a Tarsis)
Decid, ¿no sois la enfermera
que me curó?

TAR. Si tal fuera
(Por Raoul y el guarda)
esos pudieran decirlo.

RODOL. (A Raoul y al guarda)
¿Estáis seguros que es
la espía?

RAO. Ciertos, bien ciertos.

RODOL. (Mirando de hito en hito a Tarsis)
Yo creo que no.

RAO. ¡Señor!..
Ni un instante, ni un momento
la hemos perdido de vista,
la hemos seguido la pista
desde que al castillo entró
ayer, hasta que salió
por la trocha hasta el camino;
allí vimos se acercó
a un herido, al cual curó,

y ya vemos sorprendidos
cómo el herido erais vos.

RODOLFO Necios, si ella me curó,
¿cómo será mi enemiga?

RAO. Ya se ve, no os conoció,
más no dudéis, es la espía,
de ello, os respondo yo.

RODOL. (A Tarsis)
Decid, ¿sóis espía?

TAR. No.

RAO. ¿Y aún lo negaréis?

TAR. Sí.

RODOL. Retiradla y así quede
recluída, hasta que a mí
se me diga o averigüe
lo que haya de cierto aquí.

RAO. (Pesaroso)
Si así lo ordenáis, señor... (mutis, foro los tres).

ESCENA DÉCIMA

RODOL. (Solo)
¡Qué necedaces se dicen
y se creen, ¿es posible
confundir a una enfermera
con una espía? ¡Infelices!...
y así hablan, no me extraña. (pasea)
(Preocupado)
No se aparta de mi mente.
el espectro de esa carta.
(Se sienta ojeando de nuevo la carta.)

ESCENA DÉCIMOPRIMERA

Penetra de improviso en la estancia D. Fernando, viste uniforme de campaña. Rodolfo al verlo, saltando del sitio.

RODOL. ¡Fernando, aquí!...

FERN. Ya me ves.

RODOL. (Ciego de ira)
Después de lo que ha pasado...
Habla pronto...

FERNANDO. (Con frialdad) Seré breve.
RODOL. (Vertiendo el veneno de su ira)
Mas no sea como sueles
con ínfulas del Ducado.
FERN. (Sin perder la tranquilidad)
Del Ducado y de la villa
mal que te pese.
RODOL. ¿Me humillas?
FERN. (Sin alterarse)
No es mi intento; solo hacerte
saber quiero, que no trates
de aventuras, ni te mezcles
en asuntos del Ducado;
pudieras arrepentirte,
te digo, tarde o temprano.
RODOL. ¿Me amenazas?...
FERN. Me limito
a señalarte un peligro
que has visto, y estás tocando;
además, Blanca Paz, vive,
y eso basta, ya me entiendes.
RODOL. ¿Vive Paz? dices...
FERN. He dicho
(Subrayando las palabras)
Vive Blanca Paz.
RODOL. ¡Dios Santo!...
¿Cómo habré de creer esto?
FERN. Vive, digo; no te extrañes... (Rodolfo hace signos negativos)
(Con calor)
Y es la misma, no lo niegues,
esa que aquí, como espía
en vano ocultar pretendes.

(Breve pausa, después Rodolfo ahogando en su pecho el furor)

RODOL. (Volviéndole la espalda)
Retírate, no me hables...
FERN. (Con entereza)
Será preciso decirte,
recuérdalo, cuando Tarsis
se decidió a cometer
atentado el más infame,
hubo una mano amiga
que lo impidió.
RODOL. ¿Y fuíste tú?
FERN. Fué uno de tus leales

servidores, Antoñón.

RODOLFO. Aquí, bien veo Fernando
se hace escarnio del honor.

FERN. Cuestión de honor es, no ignoro
la culpa que tuvo Tarsis
en este asunto, mas tú
de todo eres responsable;
quiero venga Blanca Paz
ante nosotros; ella hable.

RODOL. (Con burlona sonrisa)
Hablas como si viviera.

FERN. (Poniendo ceño)
Pues qué, ¿negarlo pretendes?

RODOL. (Resuelto)
¿Te formalizas?
(Rodolfo llama; acude Lucila.)

ESCENA DÉCIMOSEGUNDA

(Dichos.)

RODOL. Lucila,
haz venir a mi enfermera.

LUCILA (Rectificando)
La espía querrá decir
excelencia.

RODOL. Digo venga (váse Lucila)

ESCENA DÉCIMOTERCERA

Momentos de expectación. Penetran en la estancia Lucila y Tarsis. Raoul y el guarda, fuera, observan. Fernando al ver a Tarsis (por Blanca Paz) intensamente emocionado.

FERNANDO. ¡Oh, felicidad!... Sí, es ella (tendiéndola los brazos, vendo a ella)

TAR. (Voz cortada)
Fernando... (sin atreverse a llegar a él)

FERN. (Abrazando a Tarsis)
Yo soy, no temas.

TAR. (Poniendo en sus palabras temblores de llanto)
Tu presencia aquí me alienta;

como espía me presentan
ante el Conde, mi señor.

FERNANDO. Lo sé todo; cobra alientos,
aquí soy tu defensor.

RODOL. Mi compasiva enfermera
no necesita defensa,
bástale mi protección.

TAR. Gracias, gracias; pero siento
no merecer tal favor.

RODOL. Repito mi protección.

FERN. (En tono de reconvención)
¿Te convences, o es que finges?

RODOL. Mucho la debo, Fernando.

FERN. ¿Ocultar querrás, osado,
la mancha de tu traición?

RODOL. (Indignado) Fernando...

FERN. (Idem) Rodolfo...

TAR. (En tono de queja) Siento
que mi presencia aquí sea
motivo de disensión;
ved que mi único anhelo
es que Paz en el Ducado
os reconcilie a los dos.

FERN. Lo lograrás por mi parte.

RODOL. Y por la mía; mas antes
sepamos...

FERN. (Sin dejarle acabar) Ira de Dios,
¿aún dudas? Acércate
si te atreves; mira, habla (pausa)

Rodolfo mira simultáneamente a Tarsis y a Fernando; parece desconcertado, y Fernando, en tono imperioso, añade:

Póstrate a sus pies, implora
perdón de la que es señora
y trataste como esclava.

(Rodolfo vacila. Tarsis interviene, reprochando a Fernando con dureza)

TAR. Como esclava no, Fernando.

FERN. Peor aún, como espía.

TAR. Pero fué la culpa mía,
lo reconozco, aunque tarde;
merezco castigo, y quiero
morir en prisión, dejarme.

Trata de salir. Fernando la detiene. Rodolfo también se opone. Tarsis, forcejeando por desasirse de las manos de ambos, sin conseguirlo, añade:

FERN. (Sin ceder) ¿Qué intentas hacer?

TAR. Volver

a la prisión y morir,
morir allí; ¡viva «ella»,
que al fin triunfó! (sin oponer resistencia, vencida suplicando)
Mas... dejadme.

Fernando accede a los ruegos de Tarsis. Rodolfo, que ha penetrado el significado que encierra la palabra «ella» que pronunció Tarsis, se arroja a los pies de esta, pidiéndola perdón.

RODOLFO. (Pesaroso)
¡Ahora lo entiendo!... Tarsis...
«ella» fué tu desventura!...
(A los pies de Tarsis)
Y yo sin saber... perdón... (anonadado a sus pies)

TAR. (alzándole solícita)
¿Mi desventura? La tuya...

RODOL. (en la misma actitud)
La tuya...

FERN. La de los dos.

(Tarsis alzando a Rodolfo; éste insistiendo)

RODOL. (sacando la carta)
Perdón te pido; su carta
lee, y verás.

Rodolfo entrega la carta a Tarsis; Fernando mira indignado.

FERN. ¡Oh, furor!

TAR. (lee en voz alta)
Rodolfo, cuando esta carta
llegue a tus manos, acaso
yo en los campos de batalla... (brevísima pausa)
En este momento salgo
del castillo; ya sabrás,
no dudo, la triste causa;
vive Paz, debo morir;
comprenderás mi desgracia;
soy Tarsis, que arrepentida,
perdón te pide y abraza.

Afectando profundo sentimiento y entregando la carta a Fernando. Fernando mira la carta brevemente y la da a Rodolfo.

TAR. Me conmueve y entristece
el relato de esa carta.

RODOL. Su triste suerte deploro.

FERN. No podía tener otro
paradero tanta infamia.
(Ofendida)

TAR. Infamia, Fernando, no.

FERN. Y perfidia; sobre ella
pesa eterna maldición.

TARSIS. ¿Tanto la odias?
FERN. La odiaba,
que para mí ya murió.
TAR. Acaso viva.
RODOL. En la carta
habla de arrepentimiento,
y al fin me pide perdón.
FERN. Mal la conoces; yo sé
no tenía corazón.
RODOL. Es preciso que averigüe
su paradero.
FERN. (Sorprendido) ¿Qué dices?
RODOL. Sé lo que digo, Fernando,
es tu hermana, no la olvides,
además, ¿por qué ocultarlo?
Aquí un secreto se encubre
y ella debe revelarlo.
TAR. (Con vivo empeño)
Rodolfo, sí; que la busquen,
viva o muerta, quiero verla;
si ella vive, viviré,
su muerte fuera mi afrenta.

Tarsis, como obedeciendo a una inspiración secreta, se despoja de las ropas de enfermera, colócalas cuidadosamente sobre la cómoda y dirigiéndose a Rodolfo y a Fernando, les dice:

TAR. Seguidme; pronto sabré
lo que tanto me interesa.

Tarsis inicia el mutis por el foro. Rodolfo y Fernando la siguen.

ESCENA DECIMOCUARTA

Entra Fernandito; en pos de él Miss Cavell; el niño mira detenidamente; abre las puertas de las habitaciones contiguas, y llama sin penetrar.

NIÑO Papá, papá; se ha marchado
tan pronto; ¿dónde estará?
(Ofreciendo una silla a Miss Cavell)
Aquí, tenga la bondad,
mientras yo salgo a buscarlo. (Vase foro.)

ESCENA DECIMOQUINTA

Miss Cavell, sola, primero sentada; después impaciente, levantándose.

MISS CAVELL Se prolonga mi suplicio,
insoportable tormento,
marchar quiero; pero siento...
mi Fernando, pobre hijo,
lejos de él... moriré...

(Sentimental)
Si no sé cómo he podido
hasta hoy vivir sin él (pausa, enjugando una lágrima y luego mirando a la cómoda)
¿Qué veo? ¡Aquí mis vestidos..!

(Se acerca)
¿Quién los trajo? ¿Cómo así?

(Coge las ropas vistiéndolas; después absorta en su idea.)
Mis enfermos, mis heridos
me aguardan; sí, debo ir.

Va a salir; entra el niño y en pos de él Tarsis, Rodolfo y Fernando.

ESCENA DECIMOSEXTA

TARSIS (Adelantándose en una exclamación)
¡Vedla!

FERN. Imposible.

RODOL. (Suspenso) Sí; es ella
con las ropas de enfermera.

Se adelanta Tarsis: besa primero a Miss Cavell y luego con palabras de compasión.

TAR. ¿Cómo así, mujer?

M. C. Ya ves.

RODOL. (Acercándose)
¿Aquí tú?

(Con voz temblorosa de emoción y cariño)

M. C. (Muy sentimental) ¡Rodolfo!

RODOL. (Apartando la mirada de ella con desdén)
Aparta.

FERN. Si te creíamos muerta.

MISS CAVELL (Con amarga queja
La muerte, antes que aquí
verme, mil veces quisiera.
TAR. ¿Qué te pasa; dinos, cuenta? (pausa)
FERN. (Irónico)
Deja que primero invente,
porque después no nos venga
contando la historia triste
que más olvidar quisiera.
TAR. Fernando, eres cruel
en vez de compadecerla.
FERN. Si no puedo contener
mi odio, el furor me ciega.
(Acercándose a Miss Cavell)
Dí, desnaturalizada,
¿no conoces a tu hermano?
M. C. (Llena de resentimiento)
Mentiría si negara
que te conozco, Fernando;
sé quien eres desde que
te pusiste frente a frente
de Rodolfo, en el Ducado.
FERN. (Altivo)
¿Es que a Rodolfo defiendes?
M. C. Ni lo defiendo ni culpo;
mas a tí no te perdono;
tu proceder es injusto.
FERN. (Imponente)
No hables, calla.
M. C. No callo;
¿cómo habré de callar, cuando
aún alzadas las espadas
miro, esperan tu mandato
para herir y derramar
sangre inocente?
FERN. No hay tanto.
M. C. Es; sí, no podrás negarlo,
en la más inicua guerra
os disputáis el Ducado
rasgando gloriosa enseña
de ilustres antepasados;
hoy, sobre vosotros pesa
(ademán amenazante)
baldón de eterna ignominia,
pudisteis labrar la dicha

de un pueblo, y sólo desdichas
causáis en él, inhumanos.

RODOLFO. (Imponiéndose)
Cesad, cesad; no tolero
insultos, ni oiros quiero;
de esto ya más no se hable.

ESCENA DECIMOSEPTIMA

(Dichos. Entra Lucila)

RODOL. Señor, ¿se puede?
¡Adelante!

LUCILA Las enfermeras y el médico
desean veros

RODOL. Que pasen.

ESCENA DECIMOOCTAVA

Entran el médico y tres enfermeras que le acompañan

(Dichos, dirigiéndose a Rodolfo)

MÉD. Terminada la misión
con que me honrásteis, señor,
a encareceros un ruego
venimos.

RODOL. (Sentándose)
Hablad, doctor.

MÉD. (Reparando en D. Fernando)
Don Fernando, mis respetos.

FERN. Esa mano...

MÉD. (Estrechan las manos)
Tanto honor.
(Dirigiéndose de nuevo a Rodolfo)
Interésanos saber
si es verdadera o fingida
una enfermera a quien
os presentan como espía.

RODOL. No es ni espía ni enfermera,
adivinad...

MÉD. Un enigma.
(Saludando con una inclinación)
Miss Cavell...

MISS CAVELL Por esta vez
os equivocáis, doctor.

RODOL. (Presentando a Tarsis)
Os la presento

MÉD. (Estrechando la mano)
Sois vos,
amiga Tarsis.

TAR. (Disimuladamente)
Perdón;
Fernando quiere que sea
Blanca Paz...

MÉD. Entiendo; os
confía hoy la misión
más sublime en el Ducado;
seréis el ángel de amor
entre Rodolfo y Fernando.

TAR. ¿Angel, decís?

MÉD. Por la paz.

TAR. Quien calla, mejor que yo
ahora pudiera hablar.

M. C. Cuando Fernando y Rodolfo
renuncien...

TAR. Renunciarán,
y si hasta ahora, enemigos
han sido, hoy como amigos
daránse abrazo de paz.

FERN. (Intransigente)
Cuando Rodolfo sus tropas
retire...

RODOL. (Imponente) Cuando las tuyas
cesen en la hostilidad.

FERN. Cesan.

RODOL. (Intrigado) Debieran cesar,
y a estas horas sé, meditas
un ataque...

FERN. (Indignado) No es verdad.

RODOL. (Al médico)
¿Es o no es cierto, doctor?

MÉD. Señores, ¿a qué ocultar
lo que es notorio? vendrán
rodearán el castillo,
y en él, os sorprenderán.

FERN. Eso yo debo saberlo,
es una suposición
que hace honor a mis contrarios. (breve pausa)

MÉDICO Mucho temo, Don Fernando
que al fin os hagan traición.
FERN. (Preocupado)
¿Sabéis algo?
MÉD. (En tono profético) Os fiáis
de Rodrigo, confiáis
(Por Rodolfo)
en Raoul... líbreos Dios.

Entra de improviso Antoñón.

ESCENA DECIMONOVENA

(Dichos.)

ANTOÑ. Licencia, señor.
RODOL. (Mirando con extrañeza)
Qué pasa
ANTOÑ. Circulan con insistencia
rumores, sobre las tropas
de D. Fernando y las vuestras;
dícese que se han unido
en la plaza de la villa,
aclamando y dando vivas
a Blanca Paz y a su hijo
D. Fernando, el Condesito,
y con extraña impaciencia
amenazando se imponen,
demandando la cabeza
de don Fernando y del Conde.
FERN. (Al médico y enfermeras)
Imponed silencio a ese hombre
que tales sandeces dice.
ANTOÑ. (En ademán respetuoso)
Señor, señor, perdonad
si en las sandeces persisto;
esto que digo, ojalá
me engañe y no se realicen
los planes de ese maldito.
Viene Raoul con las tropas
y con él René y Rodrigo (pausa; escucha asomándose al mirador)

¿No oís ya cercano el ruído?
Son ellos; ellos, se acercan,
huid.

MÉDICO — Estamos perdidos.

Se produce ligero alboroto en los presentes; Rodolfo y Fernando se asoman a cerciorarse del hecho. Tarsis sale con Fernandito, segunda izquierda. Lucila con Miss Cavell, primera izquierda. Fernando y Rodolfo frente a frente, sin dar crédito a lo que oyen y ven; el médico y enfermeras conversando entre sí permanecerán hasta fin.

ESCENA VIGESIMA

Rodolfo. Fernando. Médico. Tres enfermeras. Raoul. René. Rodrigo. Fuerza armada a las órdenes de un capitán. Penetrando en la estancia seguido de René, Rodrigo y soldados.

RAOUL (Improvisando) — Nadie se mueva.

RODOL. (Lívido) — ¿Qué es esto?

FERN. — ¿Rodrigo aquí? ¡Maldición!
¿Y mis tropas?

RODR. — No son vuestras.

RODOL. (A René) — ¿Qué habéis hecho?

RAO. — Callen lenguas
y hablen espadas.

RODOL. — Traición

RAO. (A Rodolfo y Fernando)
Se os intima la orden
de entregaros y entregar
el castillo, y cuanto en él
ocultáis; a Blanca Paz
y a la espía Miss Cavell.

RODOL. (En ademán imponente)
¿Qué decís? Puedo saber
¿quién franquearos pudo entrada
en la morada del Conde?

RAO. (En tono de desprecio)
No me preguntéis...

RODOL. (Con autoridad, señalando) Pues
decid a quien corresponda,
y si sois vos, sabed
que Rodolfo no se entrega,

no traiciona a Blanca Paz
ni conoce a Miss Cavell.

RAOUL. La conocéis, y aquí oculta
está, digo.

RODOL. Nada sé.

RAO. Entregaros y entregarla.

RODOL. (En un reto)
¿Insistís?

RAO. (Con firmeza) Insisto y mando.

Rodolfo se dirige a la panoplia y Raoul deteniéndole.

¿Qué intentáis hacer? Soldados

Es señal dada por Raoul; se apoderan de Rodolfo. Este resistiéndose.

RODOL. (Defendiéndose y apostrofándolos)
A mí los míos..., traidores,
más que traidores, villanos.
(Fernando desnudando su espada)
Muy poco valéis, cobardes,
cuando tantos y a traición
aquí venís...

RAO. (A los soldados)
Desarmadle.

Fernando espada en mano retrocede imponente, majestuoso.

FERN. (A los soldados que avanzan)
Deteneros, no tolero
que profanen vuestras manos
este acero en que venero
de invictos héroes los lauros,
cuyos nombres esculpidos
en su hoja van unidos
a las glorias de un Ducado.

Envaina la espada poniéndola en la panoplia y entregándose él.

(Sin apartar la vista de la panoplia)
Si me perdéis, respetad
esa espada, respetadla.
(Silencioso contemplando la espada con lástima)
Pero cómo separarme...

RAO. (A los soldados)
Golpearle, que se calle,
ya mi paciencia se acaba. (Los soldados lo sujetan fuertemente)

Van penetrando en la estancia sucesivamente con aire de timidez Lucila. Antoñón, Tarsis con Fernandito a su lado, todos con ansia de ver qué será de Rodolfo y de Fernando. Raoul da órdenes y dirigiéndose a las tropas que detienen a Rodolfo y a Fernando.

RAOUL Apretad las ligaduras
soldados, y al campamento,
porque quiero acabar pronto
y volver pronto a la villa.

Las tropas se aprestan teniendo al frente maniatados a Fernando y Rodolfo, esperando la orden de marchar al campamento.

RAO. Pero antes registremos;
aquí Miss Cavell se oculta
y he de hallarla, pese a estos.

Intenta registrar. Sale Miss Cavell a su encuentro.

ESCENA VIGÉSIMAPRIMERA

(Dichos.)

MISS CAVELL Hombre mil veces perverso,
¿Adónde vas?... ¿Qué pretendes?...
Si buscas a Miss Cavell
yo soy, deja ir a esos (por Fernando y Rodolfo)

RAO. (Con salvaje alegría)
Nada más quiero saber
de tí; la hora ha sonado
de mi venganza...
(Volviéndose a las tropas) Soldados.
conducidla al campamento
(Por Rodolfo y Fernando)
y allí en presencia de estos
fusiladla, yo lo mando.

Se oyen murmullos de protesta. Las tropas se disponen a ejecutar las órdenes de Raoul, apresando a Miss Cavell juntamente con Rodolfo y Fernando. Las enfermeras se acercan a Raoul pidiendo gracia para Miss Cavell.

ENFERMERA 1.ª ¿Es lícito condenar,
decidnos, a una enfermera
sin escucharla primero?

RAO. Yo, no, la ley.

ENFERMERA 2.ª Revocad
esa orden que es odiosa.

RAO. La ley, es la ley, no puedo.

ENFERMERA 3.ª Que es dama de la Cruz Roja.

RAO. Mayor será el escarmiento.

MISS CAVELL Apelo a una autoridad
mayor, quiero defenderme.

RAO. Sóis cómplice, no ha lugar,
la ley os condena a muerte.

ANTOÑ. (En son de protesta)
Ley tirana que condenas
sin piedad a la inocente.

Las enfermeras lloran. Lucila en actitud suplicante llegándose a Raoul.

LUCILA Si vos sois el agraviado
podéis perdonad, señor.

RAO. (Volviéndose a las tropas)
Capitán, sin dilación
ejecutad lo mandado
(Señalando a Rodolfo y Fernando)
Y esos en el campamento,
Queden incomunicados.

Salen para el campamento; al frente de las tropas irá un capitán. Tarsis se aparta. Fernandito a su lado triste, mirando rencorosamente a Raoul. Este en grupo aparte, deliberando con René y Rodrigo. Hay fuerza armada que ocupa la estancia. El médico, las enfermeras y Antoñón, marchan en pos de las tropas.

ESCENA VIGÉSIMOSEGUNDA

Dichos, Tarsis sollozando, quejándose a Fernandito.

TARSIS ¿Quién tus derechos ahora
defenderá en el Ducado?...
¿A quién pedir protección?...

Raoul se acerca llevando la espada y la presenta a Fernandito, diciendo:

RAO. Señora, señor, mi espada
en señal de sumisión (la coge Fernandito)

Se acercan tambien René y Rodrigo. Protestan de su fidelidad.

RENÉ-RODRI. Mandad, mandadnos; estamos
a vuestra disposición.

NIÑO (Suplicante a Raoul)
Perdonad a mi papá
y a mi tío D. Fernando

RAO. El empeño de las tropas
es que mueran fusilados.

TAR. (Con ansiedad) ¿Y morirán?

RAOUL — No temáis,
impondré mi autoridad
y conseguiré salvarlos.
TAR. (Sin sosiego) Entre tanto...
RAO. — Confiad
en mi palabra.
NIÑO — Confiamos.
(Mirando con rencor)
¿Y Miss Cavell?
RAO. — Morirá
sin remisión.
NIÑO (Aparte) ¡Ah, tirano!

Pausa. Fernandito afectando gratitud a Raoul.

FERNANDITO. (A Raoul con viveza)
¿Quién es por mí en el Ducado?
RAO. Las tropas; sus enviados
NIÑO nosotros somos (por René y Rodrigo sentándose, y a su lado Tarsis)
Sepamos.
(Inquiriendo de Raoul)
¿Están las tropas conformes
con esa disposición?
RAO. Están, señor, y os aclaman.
NIÑO (Hábilmente)
¿Y su caudillo sois vos?
RAO. Así es.
NIÑO — Acérquense,
y vos con ellas, pues quiero
os rindan en mi presencia
homenaje verdadero.

Raoul hace que se acerquen tropas, presentando armas ante el Condesito y aclamándole.

RAO. ¡Viva el Condesito!...
TROPAS. — ¡Viva!...
NIÑO (Poniéndose en pie)
Mostrarme vuestra divisa.

Se adelanta un soldado, desplegando en su presencia la bandera del Ducado.

NIÑO Esa es la divisa mía (la besa)

En actitud solemne, arengando a las tropas.

NIÑO (En pie)
Soldados: hoy el Ducado
en vuestras manos está,

(teniendo la espada en su mano)
y esta espada que envainada
veis, os anuncia la paz;
¿quién, decidme, en el Ducado
hoy dignamente podrá
empuñarla?

RAO. Vos, señor.

NIÑO Mucho es para mí; observad,
os la presento envainada,
que desnuda nada fuera
en mi mano débil, flaca;
entregárosla yo quiero,
decid a quién.

RODRIGO. Bien está,
excelencia, en vuestra mano,
mano tierna, que de guerras
al Ducado ha de librar.

NIÑO (Excusándose con modestia)
Fuera en mí temeridad
ambicionar tanta gloria.

RENÉ Seréis nuestro capitán,
iremos a la victoria
y por fin tendremos paz.

NIÑO Pues ceñírmela, que quiero
realizar tan tierno anhelo.
y ver si decís verdad.

Raoul coge la espada de manos de Fernandito y cíñesela con toda delicadeza.

NIÑO Ceñidla bien.

RAO. Bien está (breve pausa)

NIÑO (Dirigiéndose a las tropas)
No olvidéis, nobleza obliga,
quiero mandaros.

RAO. ¡Soldados! (presentan armas)

NIÑO ¿Me juráis fidelidad?

SOLDADOS Sí.

NIÑO Repetirlo.

SOLDADOS Juramos (alzan la mano en ademán de jurar)

NIÑO Repito, nobleza obliga;
sólo exijo lealtad.

RAO. (En nombre de todos)
En la vida y en la muerte
vuestros seremos, mandad.

Momentos de expectación.

NIÑO (Acercándose a René y a Rodrigo)
A estos que desconozco
os los entrego, juzgadlos;
(Después señalando a Raoul)
pero a éste que es traidor
registradlo, yo os lo mando,
y hallaréis en su poder
escritos que a Miss Cavell
violentamente sustrajo.

Todos miran a Raoul estupefactos. Este queriendo disculparse.

RAO. Perdón, señor, es acaso
un error vuestro.

NIÑO (A las tropas) Soldados (éstos rodean a Raoul en actitud agresiva. El guardabosque adelantándose)

GUARDA Yo mismo; arriba los brazos (registrando a Raoul e invitando a los soldados, que a zu vez hacen lo propio)
Ayudadme a descubrir
los intentos del tirano.

Luchan. Raoul se resiste; del bolsillo de éste cae el collar de perlas; un soldado lo recoge. Fernandito al verlo, tomándolo de manos del soldado.

NIÑO ¿Qué es esto? Un collar de perlas
como el mío.

RAO. No es collar.

Examinandolo detenidamente; juntándolo con el que lleva en el pecho, al ver el medallón y las letras, idéntico todo al suyo exclama:

NIÑO Con las letras iniciales
B. y P., de mi mamá.
(Mirando a Raoul)
Era ella... ¿Qué habéis hecho?

Volviéndose; ahogando un suspiro y arrasados los ojos en lágrimas.

Señor, señor, sálvala (pausa, momentos de ansiedad)

La indignación de todos se traduce por miradas hacia Raoul que permanece en pie rodeado de tropas, confuso. Los soldados miran a Fernandito, esperando una orden que habrá de decidir la suerte de aquél.

NIÑO (Como volviendo en sí)
Mas acaso aún haya tiempo,
vamos pronto al campamento;
(A las tropas)
soldados, adelantad...
(Se disponen a marchar)

ESCENA VIGESIMATERCERA

Dichos. Antoñón penetrando muy agitado, al verlos disponiendose para salir.

ANTOÑÓN — No vayáis, señor, os ruego,
acaban de ejecutarla...

NIÑO — (En un sobresalto. Después con voz ahogada)
¡Dios mío! Antoñón, soldados,
pronto, pronto...
(Clavando sus miradas en Raoul; con voz angustiosa)
Hombre perverso.

Salen todos.

MUTACION

CUADRO FINAL.—En los alrededores del campamento. Paisaje sobrio; pinceladas tristes; ambiente dudoso. Terreno sin vejetación. A lo lejos montañas peladas. En el centro de la escena, Miss Cavell después de ejecutada. En la albura de sus ropas manchas de sangre. Al alzarse el telón, dicha y tropas custodiando el cadáver.

ESCENA ULTIMA

Entran sucesivameute el niño, Tarsis y las tropas, llegando en pos de éstas Antoñón, Lucila, Juan, guardabosque, todos con semblante triste. Al poco Rodolfo y Fernando ya libres. Hacia el fin René y Rodrigo recatadamente. Todos formando semicírculo. En el centro Miss Cavell ejecutada. Vueltos todos al público. Raoul custodiado de tropas, confeso.

NIÑO. — (Ante el cadáver de Miss Cavell, suspenso, en una dolorosa exclamación)
¡Ay! ¡es ella, ejecutada!... (escudriñando a los circunstantes como herido de muerte entre el do'or y la angustia)
(Con semblante desencajado, alzando los ojos)
¡Dios mío!... ¡Muerta mi madre!...
(Exhausto, sin fuerzas)
En estos momentos tristes
en que me parece siento

con las ansias de la muerte
el odio, (a los presentes) no abandonarme. (vértigo de angustia, breve pausa Volviendo en sí y haciendo un supremo esfuerzo. Interrogando)

¿Dónde está el traidor? (se presenta Raoul, cayendo a sus pies ocultando el rostro)

RAOUL — Señor,
aquí: vos mismo matadme.

NIÑO. (Entre dolor y entereza.)
Sí, te mataré, tirano,
no mereces mi perdón.
Yo, yo con mi propia mano
este acero clavar quiero,

(Desnuda la espada)
malvado, en tu corazón.
(rígido)
Es tanto el odio que siento
en mi pecho en este instante,
que quisiera aniquilarte
con mirarte, con mi aliento.
(Con voz ahogada)
Quisiera poder quitarte,
hombre perverso, la vida,
y la vida devolverte
para de nuevo matarte.

Adelanta un paso, desnuda la espada para herir, volviendo al propio tiempo sus miradas a Miss Cavell.

¡Madre, te vengo! (deteniéndose y suspenso, con infantil desvarío)
¡Qué miro!...
aún sus ojos, aún sus labios
entreabiertos... ¿Vive? ¿Vive?
(Volviéndose, e ternecido)
¿Qué me hablan? ¿Qué me dicen
esos labios maternales?... (Breve pausa)

Contemplándola en un éxtasis de infantil ternura. Enloquecido, arrojando de sí la espada.

Ya entiendo; perdón; perdono...
por tí sola; por tí... madre.

Cae, abrazandose a Miss Cavell. Honda sensación en los circunstantes. Lucila, Tarsis y las enfermeras, afectadas, lloran.

TELÓN LENTO

FIN

EN PREPARACIÓN

CAMPAÑA Y VICTORIA

DEL MISMO AUTOR

De venta, al precio de 2 pesetas, en las principales librerías.

Depósito: Hortaleza, 34, tienda